

BUCK JONES

644



La
herica
ilusa

25

cts.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XII

APARECE LOS MARTES

NÚM 644

LA HEROICA ILUSA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el «as» de los caballistas

BUCK JONES

DISTRIBUCIÓN:
C. I. F. E. S. A.

Central:
Mar, 60
VALENCIA

Sucursal:
Valencia, 233
BARCELONA

REPARTO

Connors BUCK JONES
Joan Randolph Shirley Grey

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

I

Año 1865. Los Estados Unidos estaban completamente revolucionados por la guerra de la sucesión, que parecía no tener fin; pero los rebeldes se hallaban ya algo demoralizados y la guerra terminó con la capitulación del general Lee, no obstante y haber pedido el caudillo principal algunos apasionados por la causa del Sur, intentaron continuar la lucha.

Uno de estos grupos guerreó en las planicies del sur de Kansas, capitaneados por una valerosa mujer, la heroica ilusa Joan Randall. Tenía fe ciega en la causa que había emprendido y daba mucho trabajo a las tropas Federales, pues diariamente atacaba poblados y los sometía a su soberana voluntad.

Todas las empresas que empezaba las terminaba con feliz resultado y sin ningún escrúpulo hacía fusilar al primero que intentaba desobedecerle. Si la resistencia era demasiado fuerte, hacía quemar todo el pobla-

do y luego mataba cruelmente a sus habitantes.

El plan de Joan Randall era sencillamente hallar en todos los sitios voluntarios que se juntaran con sus bravos hombres. Estos, formados militarmente, corrían por las grandes explanadas en busca de más gente, dispuesta a guerrear contra las fuerzas del Estado. Aquel día tocaba el turno a un pequeño pueblecito, en el que solamente habían algunos soldados para mantener el orden entre aquella gente que por un quítame allá esas pajas, se liaban a tiros. Montaban su guardia habitual, cuando uno de ellos gritó mirando el horizonte y señalando un compacto grupo que a todo galope se dirige hacia ella:

—¡Viene para acá! ¡Debe haber evadido la caballería!

—¡Pediré ayuda al fuerte Franklin!—clamó otro.

El que primero había hablado se dirigió a una casa y dijo:

—Buck, esconde eso del gobierno aquí: —y señalaba una trampa hábilmente disimulada en el suelo.

El llamado Buck cogió apresuradamente unas cajas que contenían oro y se aprestó a esconderlas; pero había llegado algo tarde. Joan, juntamente con sus secuaces había llegado al poblado y en menos tiempo del que se tarda en relatarlo atemorizó a sus habi-

tantes. Luego, dirigiéndose hacia donde sabía se hallaba guardado el dinero; mas, antes de entrar, un disparo dió fin a la vida de un rebelde. Joan, roja por la rabia, gritó:

—¡Fué de aquella casa! ¡Cuelguen a los hombres que encuentren!

A fuerza de empujar la puerta consiguieron entrar, pudiendo ver cómo Buck escondía el último cajón; pero tuvo que detenerse al oír la voz imperiosa de Joan que le decía:

—¡Dejen eso! ¡Salgan de aquí!

Buck, no obstante, tuvo valor para responder:

—Le advierto que le irá mal robando lo del gobierno.

—No robo; confisco lo mismo que los yanquis confiscaron mis tierras — contestó Joan. Luego, a uno de los hombres que le acompañaban, dijo: —Déle un recibo en nombre de la República del Sur de Kansas.

Buck recibió el recibo que para él no tenía importancia alguna; pero se lo guardó por si aquello le pudiera servir de algo.

Terminada la requisa que hicieron en todo el pueblo y en vista de que no querían someterse, Joan ordenó se incendiaran todas las casas, y al cabo de unos minutos aquel lugar, antes alegre, se había convertido en una hoguera inmensa.

El nuevo golpe de aquella mujer no tardó en llegar a oídos del capitán del Fuerte Fran-

klin, que ya empezaba a estar harto de aquel estado de cosas y, dispuesto a poner coto a los desmanes de aquella mujer, publicó un edicto que decía: Se ofrecen diez mil dólares por la captura viva o muerta de Joan Randall. Sentenciada por el gobierno de los Estados Unidos, por traición y por el estado de Kansas, por incendio y homicidio"; firmaba el edicto Murdock, general de aquel fuerte.

Esperó unos días con el objeto de ver si el edicto daba su efecto; pero Joan era muy temida y nadie se atrevía a ir en contra de ella. En vista de esto, Murdock llamó a un soldado diciéndole:

Envía por Connors al Fuerte San José. ¡El es el único que podrá capturarla!

No tuvo que molestarse mucho el soldado, porque en aquellos momentos Connors penetraba en la estancia, quedóse mirando al capitán y éste miraba a su vez a Connors. Joven todavía y con una energía en sus facciones, aquel hombre era capaz de dominar al mundo entero con su mirada. Esperó a que Murdock le hablara.

—¿Sabe por qué le he llamado?

Connors hizo un signo negativo con la cabeza.

—Kansas ofrece diez mil dólares por Joan Randall; ¡por una mujer!

—¡Por una mujer! Mi general, las hay tan peligrosas como el hombre — respondió

Connors dando a entender que de aquello estaba muy enterado.

—¡Es usted docto, muchos no saben eso hasta muy tarde! Creímos que la mano de su República sería pasajera..., pero el incendio y la rapiña la ponen fuera de la ley—afirmó Murdock y luego continuó: —Su misión será capturarla y traerla al Fuerte Franklin; prefiero que la traiga viva..., pero traígala.

—¿Sabe usted dónde está ahora? — preguntó Connors.

—Creo que con sigilo puede averiguarlo cerca de aquí, en la cantina de O'Leary.

Connors saludó militarmente y en breve tiempo trazó su plan de batalla.

.....
PIDA EL CATÁLOGO ILUSTRADO DE

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

que contiene las novelas cinematográficas basadas en las más grandes películas interpretadas por los más famosos artistas

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

II

La cantina O'Leary, era un sitio de esos donde se reúnen los vaqueros y los que buscan al cándido para quitarle unos cuantos pesos, los que logran, aunque sea matando.

El lugar daba repulsión al mirarlo; unas cuantas mujeres alternaban con la clientela, y, allí muy cerca del mostrador, aparecía un individuo tapado hasta la cabeza y que sin duda debía dormir una fenomenal cogorza.

Allí todo el mundo entraba y salía sin fijarse en los demás, hablaban a gritos, discutiendo y peleándose. El dueño de tan aristocrático lugar era un hombre gordo hasta la exageración, que nunca se movía de detrás del mostrador, sirviendo a unos y a otros. Uno de los que esperaban turno a beber el licor malísimo que servían, preguntó:

—¿O'Leary? — y al ver que el interpelado afirmaba, sacó su pistola y dijo.

—Mi pase.

—Bonito, Mr. Dawson...

—Espero usarlo en servicio de cierta per-

sona ... contestó el llamado Dawson, que bajando algo más la voz, preguntó: —¿Dónde esta Joan Randall?

—¿Trae a su gente? — preguntó a su vez O'Leary.

—No. Quiero verla primero para asegurarme.

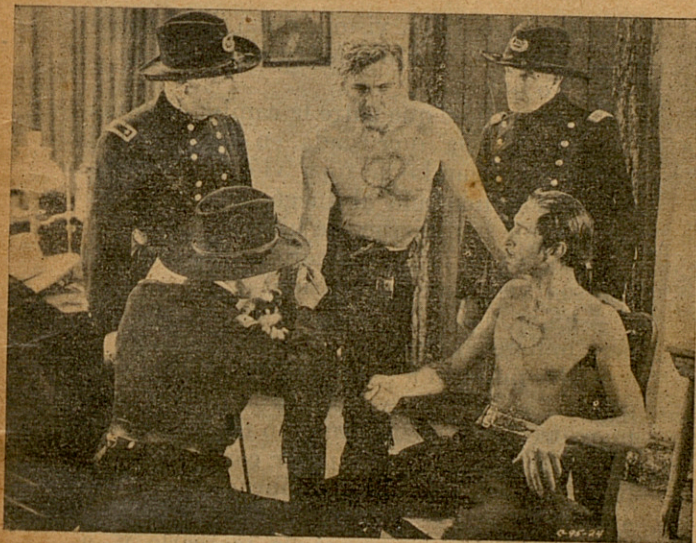
—Pues... si usted va al llano Catamount, al romper el alba...

—¡Dicho! ¿Seguro que estará ella?—volvió a insistir Dawson.

—No sé; mejor mire alrededor, que allá siempre hay niebla — contestó O'Leary dando un significado especial a sus palabras.

Dawson, por lo visto, las entendió, pues miró en torno suyo y no vió a nadie; pero se sorprendió al ver que casi a sus pies había un hombre roncando a pierna suelta, le tiró de las orejas y con esto consiguió que se despertara. Malhumorado y mascullando interjecciones, el borracho se levantó y siguió a Dawson, que salía de la cantina. Este no pudo por menos que reírse al ver los apuros de aquel hombre para subir a su caballo; cuando ya estaba montado volvía a caerse y dispuesto a ayudarlo fué a su encuentro; pero ¡oh sorpresa! tan pronto estuvo al lado del ebrio, aquél sacó sus pistolas y más derecho que un huso, díjole:

—¡Manos arriba, Dawson! Agarró un puñado de estrellas.



Un soldado se encargó de marcarle.

Inútil decir que el supuesto borracho no era otro más que Connors, al que de momento le salía su plan a las mil maravillas; mas, faltaba la parte más difícil del programa.

Llevó a Dawson a la Jefatura y allí, delante de todos, le preguntó:

—¿Qué sabe usted de Joan Randall?

—Nunca la he visto — confesó Dawson.

—Si nunca la ha visto, ¿cómo iba a conocerle ella? — preguntó Murdock.

—¡Yo qué sé!

Connors fijóse que entre la camisa de aquel hombre se veía inerustada en la piel una marca y rasgando la ropa vió una especie de corazón marcado al fuego.

—Dónde le pusieron ese hierro?

—Los Sioux... me marcaron... — contestó Dawson visiblemente turbado.

—Es la marca del seductor de una india; pero tomaré su lugar.

Todos miraron a Connors que con una sangre fría admirable, se quitaba la camisa para marcarse él también, ninguno de los presentes sabía a dónde iba a parar con aquel bárbaro suplicio, que él espontáneamente se iba a dar.

Un soldado se encargó de marcarle y, a pesar de que la prueba era muy dura, el bravo muchacho no exhaló una queja. Connors fijóse además que el prisionero llevaba las iniciales de su nombre marcadas en la muñeca y preguntó:

—¿Podría imitar las iniciales?

—Creo que sí, pero se borrarían pronto — contestó Murdock.

Era igual, Connors imitó las iniciales, encima de las que ya llevaba él y luego dijo a su General:

—Mande un escuadrón al LlanoCata-

mount pasado mañana al alba. ¡A mí sólo me resta acudir a la cita con la gata infernal!

Pasaron las horas señaladas por Connors para entregar a Joan Randall, y al rayar el alba la tropa estaba convenientemente dispuesta en el llano para coger por sorpresa, no sólo al caudillo, sino también a sus hombres.

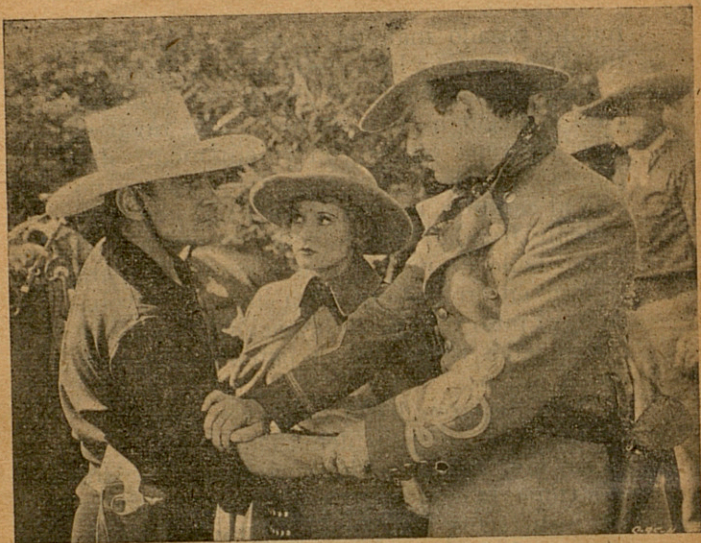
Joan Randall vió aquella encerrona, su rostro bello de mujer, más a propósito para figurar en cromos que para hacer la revolución, se puso rojo de indignación; veía cómo los soldados se acercaban paulatinamente y dió la orden:

—No disparen hasta que estén cerca...

Mas había llegado demasiado tarde. Uno de sus hombres no pudo reprimirse y disparó a la tropa, la cual cargó violentamente contra los insurrectos, escapando algunos milagrosamente de la muerte. Entre ellos se escapaba Joan; pero era tenazmente perseguida, hasta que un vaquero vestido de negro pasó por su lado como una exhalación y, cogiéndola por la cintura la puso a salvo de sus perseguidores. Cuando ya estuvieron en lugar seguro el desconocido dejó a la muchacha al suelo, que le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Quién sea, poco importa; soy un forastero que pasaba — contestó el hombre que por lo visto no era bien educado con las damas.



— ¿Que quiere decir J. C.?

— ¿Cómo se llama? — insistió Joan.

— ¡Qué le importa! — volvió a responder el forastero.

— Le debo la vida. Ellos me hubieran matado.

— Eso erí yo...

— ¿Entonces usted no es Federal? — preguntó Joan alegremente.

— Pero muy bien podría llevarla al Fuerte

Franklin... Usted es Joan Randall y pagan bien por capturarla. Pero ahora no corre peligro; el premio no me interesa. La salvé porque... vamos, su banda me atrae.

Hasta este punto llegó la conversación, que fué supendida al acercarse la gente de Joan que le preguntaron:

— ¿Está herida?

— No, gracias a este señor — repuso Joan.

— ¿Quién es? — inquirió el que parecía mandar aquella turba.

— Este es mi pase Coronel — dijo alargando su revólver el desconocido.

— Dawson, el de Cimarrón... — aclaró Joan con la voz velada y luego continuó, como siempre, con aquella voz dura y fría: — Yo lo esperaba Mr. Dawson; éste es el coronel Jedcott. Ambos se saludaron, pero con cierto temor.

— ¿Dónde está su gente?

— Vine solo para estudiar la proposición — contestó el falso Dawson, que no era otro que el audaz Connors.

— Si usted es Dawson, ¿qué quiere decir J. C.?

La pregunta del coronel le dejaba parado, las iniciales de la muñeca se le habían borrado y le aparecían las suyas; pero rápido respondió:

— ¡No se rija por eso! ¡no siempre me he llamado Dawson!

—Créame Joan, este tipo...

—Dije que soy Dawson, en el Cimarrón o aquí, y no soporto dudas — vociferó Connors.

En aquel momento Jedcott acordóse de la marca que llevaba en el pecho Dawson y abanzóse sobre aquel individuo que le era antipático de primera vista, desabrochándole la camisa, y, en efecto, la marca estaba todavía allí, en la carne, para escarnio de todo el mundo. Quiso Jedcott abochornarle, y le preguntó:

—¿Quién lo marcó?

—Yo nunca hablo de eso... — contestó evasivo Connors.

—La marca Sioux del seductor ¿no?—mortificó de nuevo el coronel.

—Fué por error — contestó Connors, haciendo ver que aquella conversación le enojaba.

III

Connors, seguido de Joan y Jedcott fueron hacia el campamento en que habían sentado sus reales. El sitio era abrupto y aquel motivo ya podían los Federales romperse la cabeza buscando la guarida de aquella gente; por más que hubieran buscado no habrían hallado el lugar.

Tenían casas hechas de madera y en la que se distinguía por su contracción era la que vivía Joan.

Connors fué introducido en aquella casa, y allí Joan delante de Jedcott sacó un libro que enseñó diciendo:

—Dawson, aquí tiene la lista de los contribuyentes...

—No sabía que tantos partidarios le dieran dinero — exclamó verdaderamente asombrado Connors.

—¡Centenares, cuyas tierras fueron confiscadas por los yankis! — dijo a su vez Jedcott.

—De las ruinas de la Confederación levan-

tamos la República del Sur de Kansas — manifestó convencida Joan.

—Una magna empresa. Admito haber tenido una idea errónea — contestó Connors.

—Muchos creen eso, pero no somos bandidos; peleamos por lo nuestro.

Durante largo rato, Joan y Jedcott hablaron con Connors acerca de la forma que debía unirse a los Republicanos para combatir con su "gente"; por fin llegaron a un medio acuerdo. Connors prometió estudiar las proposiciones y con este acuerdo Joan levantóse de su asiento diciendo a su nuevo aliado.

—Duerme aquí; es el cuarto para los visitantes.

—Buenas noches. Ha sido un placer conocerla; la creía "diferente" — dijo Connors lealmente.

—Yo también, Dawson. Ojalá se nos una.

—¿Va a permitir que duerma aquí?... ¡No pensando en la marca "1-ra Co 7doidt." (e.xd pensando en que el falso Dawson llevaba la marca del seductor.

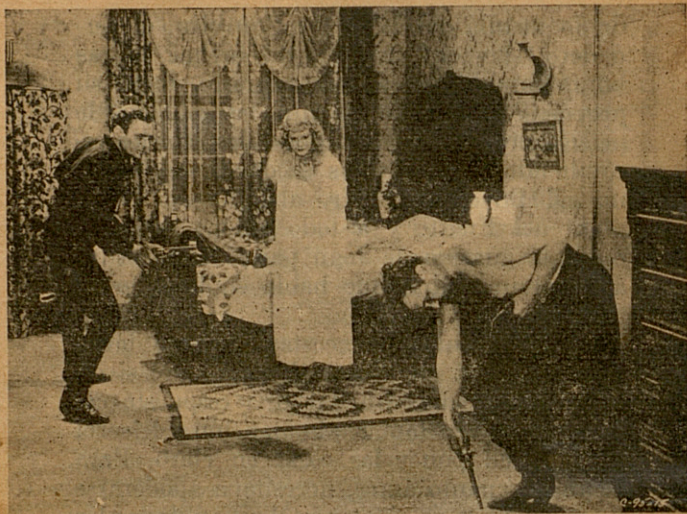
—Dijo que no era culpable y yo le creo — afirmó Joan.

—¡Usted cree todo lo que le digan! — exclamó malhumorado Jedcott, pues se daba cuenta de que aquel hombre le estaba quitando poderío.

Mientras todo quedaba en silencio en casa

de Joan, allá en el Fuerte Franklin, el verdadero Dawson, después de luchar largas horas para librarse de su encierro, logró su propósito y, a pesar de que los soldados le persiguieron largo rato, pudo despistarlos escondiéndose entre unos sacos. Luego cogió un caballo que encontró abandonado en la plaza del Fuerte y a todo galope dirigióse hacia la guarida de Joan para hacer fusilar a aquel individuo que había suplantado su persona.

Connors, antes de acostarse estuvo largo rato pensando en lo que debía hacer; si estaba muchos días sin dar una respuesta categórica; al vez llamaría la atención y le sería muy difícil poner las cosas en claro. Para terminar cuanto antes, necesitaba apoderarse de aquel libro en el que estaban anotados los nombres de todos los contribuyentes. No lo pensó más, cogió su revólver y con todo sigilo penetró en el cuarto donde Joan dormía placidamente, levantó la cortina que ocultaba la caja donde se guardaba aquel documento tan precioso para él, cuando vió algo que llamó poderosamente su atención. Por detrás de la cama de Joan aparecían unas botas con su correspondiente pierna. Antes de que pudieran verle, se escondió precipitadamente; pero al hacerlo derribó un libro que tuvo la virtud de hacer despertar a Joan, la cual, levantándose sobresaltada, requirió también



Disparó sobre él.

su revólver y apuntando a Connors, le dijo:

—El Coronel tenía razón; yo corría peligro con un ladrón de honras.

—Fué que... que... oí ruido... y creí que alguien había entrado. Quizá me equivoqué; perdón; no es la primera vez que me equivoco en mi vida — manifestó Connors; pero viendo que aquella bota se movía, continuó intencionadamente: —Creo no estar tan equivocado.

Rápido como el pensamiento tiró de aquella pierna y sacó a un hombre llamado Donohue, que intentaba asesinar a Joan por haberle maltratado el día anterior. Aquél, al verse perdido, tiró de su pistola y apuntó a Connors, que más rápido que su rival disparó sobre él, dejándole muerto en medio de la habitación. Joan, al ver aquello, sintió mucho haber insultado a Dawson y para dárselo a entender, dijo a Jedcott:

—¿Ve usted?, no corría peligro con Dawson, más bien me salvó.

—Señora, debe creerme esto: no soy ladrón de honras — manifestó Connors.

—Ya sé que no... me ofusqué al verlo aquí. En nombre de ambos —y miró a Jedcott— le pido perdón.

Terminado aquel incidente, todos volvieron a sus lechos y Connors, de momento, se abstuvo de hacer ningún acto más que pudiera despertar sospechas; pero bien ajeno estaba él de que un hombre iba a terminar con su tranquilidad.

El verdadero Dawson, después de galopar vertiginosamente, llegó ante la guarida de la gente de Joan y allí un centinela le detuvo preguntándole quién era, a lo que recibió la siguiente contestación:

—Soy Dawson; Chet Dawson, del distrito de Cimarrón.

El centinela se echó a reír a carcapadas y contestó:

—No diga. ¡Yo soy San Pedro y éste de aquí — dijo señalando a un compañero—, es San Pablo!

—¡Hágame pasar! — vociferó exaltado Dawson.

Los centinelas se miraron y, viendo que al parecer aquel individuo decía verdad, lo condujeron a casa de Joan.

Connors, a pesar de que estaba cierto de que no sospechaban de él, no quiso dormirse y miraba hacia todos lados, como si temiera que alguien le espicara, sacó la cabeza por la ventana y vió a Dawson que iba hablando con sus acompañantes; era pues cuestión de obrar con serenidad y astucia. Púsose el cinturón con sus pistolas y salió del cuarto, hallándose con Joan y Jedcott que, por lo visto, tampoco podían dormir. Connors calóse su sombrero y haciendo acción de marcharse, dijo:

—Gracias por todo. Me marcho; la gente me espera.

—¿Regresará? — preguntó Joan.

—Lo prometo.

—Le espero. Sé que jamás le pesará.

—Ojalá que a usted no le pese... Quizá la gente que traeré no le gustará — contestó con retintín Connors.

—¿Le obedecen a usted? — preguntó Jedcott.

—Sí; hacen lo que yo mando — se jactó Connors y en breves instantes se le ocurrió un plan que decidió poner en práctica. Miró largamente a Joan y le preguntó:

—¿Quiere usted acompañarme?

—Espéreme. Iré hasta el Pico Catamount y le mostraré el camino por donde debe regresar.

—Joan, no debería ir; hay peligro — advirtió Jedcott.

—Yo la cuidaré — interrumpió Connors.

Joan y Connors despidiéronse de Jedcott, mientras que aquéllos quedaban solos esperando que Joan quedara lista para marchar.

Un inmenso vocerío llamó la atención de Jedcott que salió a la puerta para ver lo que ocurría. Connors también miró y vió a Dawson que iba diciendo lo que había ocurrido.

—Abra la ventana y dígales que estoy en el corral. Hable en voz baja y sin mostrar ningún temor.

Jedcott, a pesar de que quería revelarse, no podía, porque la presión del cañón de su rival le daban a entender que si lo delataba corría riesgo su vida. Por este motivo hizo lo que le indicaba, y encima tuvo que sufrir la burla de Connors, que le dijo:

—Excelente, mi coronel. — Luego violentamente lo condujo ante un armario y dán-

doun golpe con la culata en la cabeza de dejándolo atontado para que en el momento de la huida no le fuera a comprometer.

Apenas acabo de cerrar al Coronel cuando apareció Joan dispuesta para la marcha, extrañóse de no ver a Jedcott y preguntó:

—¿Dónde está el Coronel?

—Salió hace un momento—respondió Connors.

Joan quedó contenta con aquella explicación y al instante montaron en sus cabalgaduras. Connors, a pesar de que todo le salía bien, tenía miedo de que se dieran cuenta de la fuga y entonces todo estaba perdido. Recurrió otra vez a su astucia diciendo a Joan:

—Su yegua tiene asma.

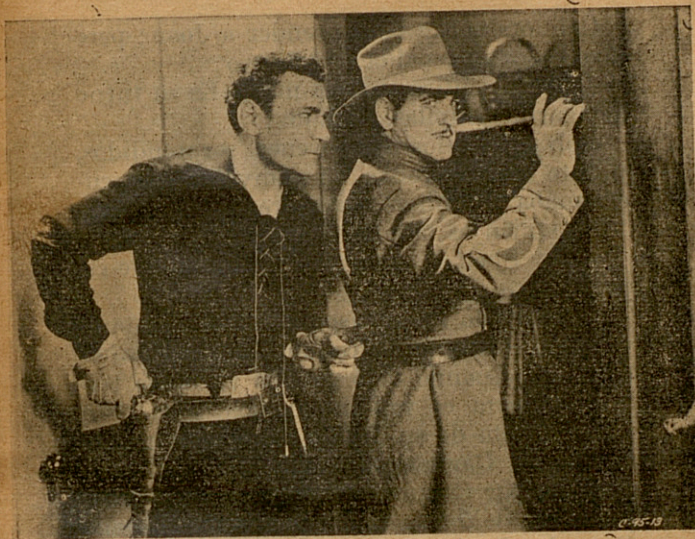
—¿Asma la yegua más veloz de Kansas? ¡Trate de alcanzarme si puede!

Joan espoleó su montura y partió velozmente seguida de Connors, que lo único que en realidad pretendía era alejar a aquella valerosa mujer de su punto de defensa. Cuando ya estaban algo lejos Connors dijo dirigiéndose al caballo de Joan:

—Yegua, te pido perdón.

Joan rió la ocurrencia del que consideraba amigo y extendiendo su brazo señaló:

—Este es el camino, pero hay un atajo. Esa vereda va al campamento; sólo la conocen mis hombres y yo.



Lo condujo ante un armario.

—Usted es demasiado confiada.

—Creo poder confiar en usted Dawson, y regrese pronto. Lo espero — despidióse Joan.

—Un momento... no sé cómo decírselo... Usted me acompaña...

Joan interpretó aquéllo como un espontáneo deseo de Connors y respondió:

—Algún día puede ser; hoy, no.

—Lo siento, Joan; ahora.

Connors aprestóse a prender a Joan; pero una voz a su espalda le contuvo:

—¡Y lo sentirá todavía más! ¡Es su turno de agarrar estrellas, Connors!

Volviéronse los dos jóvenes, sorprendidos, y ante ellos vieron a un individuo que encañonaba a Connors. Joan preguntóle:

—¿Quién es usted?

—Soy Shett Dawson y él sabe lo que le espera.

El malvado fué a disparar sobre Connors; pero seguramente no contaba con los puños de aquél. Cuando todo parecía ya había terminado para el valiente policía, Joan, sin darse cuenta de su acción, tocó ligeramente el brazo a Dawson, momento que fué aprovechado por Connors, el cual, de un certezo puñetazo, dejó a su rival tendido en el suelo. Entre los dos hombres entablóse una lucha a muerte; pero al fin Connors, de un certero golpe, hizo caer a Dawson por el precipicio.

IV

El fuerte Franklin era un hervidero. La pequeña sala que servía para los debates políticos estaba atestada de gente; un silencio impresionable reinaba en ella y sólo se oía la voz del fiscal que decía:

—Y al terminar, debo rendir tributo de admiración al intrépido guía Jeff Connors, que arriesgó su vida yendo a la guarida de la asesina para traerla a la justicia. Afortunadamente, el Estado ofreció una suma considerable por la captura. El guía Connors ha arriesgado la vida muchas veces, pero esta vez ha rendido al país y al Estado de Kansas un servicio que guardará la Historia.

Connors, levantándose para dar las gracias, y dijo:

—Señor juez, ignoro el procedimiento legal... pero renuncio a la recompensa. Que sirva de auxilio a los incendiados en Lincolnville.

Una salva de aplausos premió aquel acto espontáneo, y el juez ordenó:

—¡Silencio u ordeno que se termine la sesión!

Connors prosiguió:

—Quiero hacer una súplica... ¡No la ejecuten!

—¿Qué dice? ¿qué le pasa?—preguntó atónito el fiscal.

—Me ordenaron traerla aquí y cumplí con mi deber. ¡Pero hoy la conozco y sé que no es como la pinta el ciudadano fiscal!

—¡Asesina, bandida, asolando la región por lucro propio!—afirmó el juez.

—Es una idealista, una pobre ilusa que cree en la República que ha fundado. ¡Ciudadanos jurados, no la envíen a la horca; sería dar una mártir a la causa! ¡Causaría más derramamiento de sangre! ¡Acepten su promesa de abandonar el Estado y sus amigos verán la causa perdida! ¡Los bandidos que la siguen huirán! Libertándola salvarán muchas vidas; ahoreándola crearán una guerra civil.

Con palabras que poco a poco iban convenciendo al jurado, Connors consiguió que dieran unas horas más de vida, con la promesa de que Connors iría al condado Wyandotte, donde se encontraba en aquellos momentos el gobernador, y traería la absolución para Joan. No obstante esta promesa, todos veían muy difícil que pudiera volver

en un día el valiente Guía, y por eso la causa seguía sus trámites.

Joan, encerrada en su celda, vió aparecerse un sacerdote seguido de un fiscal, que le leyó la sentencia condenatoria:

—...y de acuerdo con la Ley, os condeno, Joan Randaal, a ser llevada al patíbulo, que se elevará frente al Fuerte, y el día 4 de agosto, a las cinco de la mañana, sufriréis la pena de horca, ¡y que Dios tenga piedad de vuestra alma!

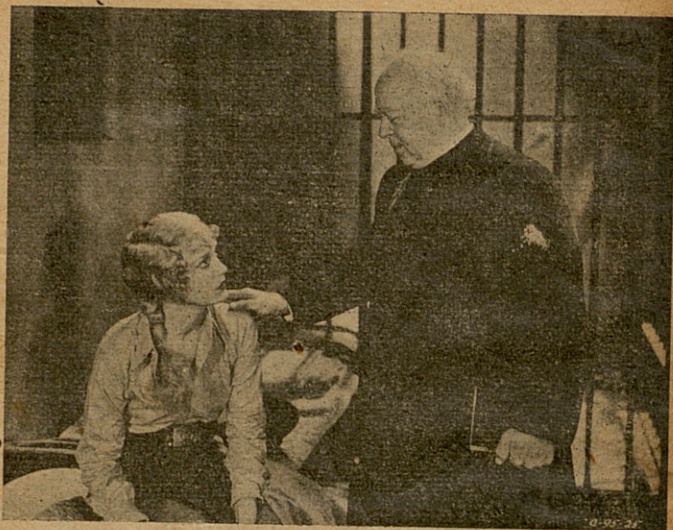
Connors, mientras eso sucedía en el fuerte, él galopaba sin dar un momento de descanso a su caballo "Silver", que como si comprendiera lo útil que era en aquellos momentos, parecía que tenía alas en sus patas. Saltando barrancos y obstáculos, Connors llegó a Wyandotte por la noche y allí habló con el gobernador diciéndole:

—¡El peligro es hacerla una mártir; pero en Fuerte no me hacen caso! ¡Déjela que salga del Estado y su causa ha muerto!

—Aunque la perdonara, usted no podría regresar al Fuerte antes de la ejecución—manifestó el gobernador.

—"Silver" me traje en un día y regresará aunque se mate.

El gobernador accedió a perdonar la vida a Joan, y Cannors, sin esperar un solo minuto, cabalgó nuevamente toda la noche para llegar al Fuerte antes de que amaneciera;



Vió aparecer a un sacerdote.

pero no contaba con que sus pasos habían sido espiados por Jedcott, el cual le preparaba una encerrona, a fin de que no pudiera salvar a Joan. Todos sus hombres veían la causa perdida, y por este motivo pensaron en quedarse con todo el dinero y de vivir Joan le pedirían cuentas, cosa que no les convenía.

Esperaron a que Connors pasara por un

lugar indispensable, y tan pronto le vieron exclamaron:

—¡ Ahí viene subiendo la cuesta!

Aquellos malvados cogieron una cuerda que amarraron de un extremo a otro de la carretera.

Connors, ajeno a todo lo que le preparaban, siguió corriendo velozmente; pero al pasar por el sitio en que estaba la cuerda amarrada se sintió elevado y luego caer a tierra, dándose un formidable golpe que le dejó sin sentido. Rápidamente los hombres de Joan le cogieron, llevándole hasta una casa que por lo visto debía estar deshabitada. Jedcott, con el ánimo de que nunca más fuera Connors a molestarles, dijo a uno de los suyos:

—¡ Ahí te dejo con el, ¡ máta!e

Salieron todos, dejando solo al encargado de matar a Connors. Este cargó su fusil y apuntó al desdichado Guía, que continuaba sin dar señales de vida. El cañón del fusil se fué levantando para apuntarle al pecho, un dedo fué a oprimir el gatillo... y en aquel momento Connors dió un puntapié a su verdugo, que no tuvo fuerza suficiente para sostenerse en pie.

Jedcott esperaba el disparo, y cuando iba a penetrar en la casa para inquirir lo que sucedía, llegó hasta sus oídos un tiro. Sonrió satisfecho y al cabo de breves instantes sa-

lía. Connors, con las ropas del que debía matarlo y con éste en la espalda para ponerlo en una fosa que ya habían preparado de antemano.

Jedcott asistió a aquel acto fúnebre, sin darse cuenta de que Connors todavía estaba vivo y dispuesto a darle mucho trabajo. Terminada la operación del entierro, subieron en una carreta con el objeto de alejarse de aquel país, mas antes de partir Jedcott dióse cuenta de que Connors guiaba la carreta, y preso de una indignación sin límites, sacó su pistola; pero no pudo hacer uso de ella. Connors, con su peculiar maestría, empezó a repartir puñetazos a diestro y siniestro, dejando solo a Jedcott en la carreta. Luego atizó a los caballos, que salieron desbocados en dirección al fuerte Franklin.

Joan estaba ya preparada para recibir los últimos sacramentos. A pesar de que sentía todo el horror que puede inspirar la muerte, quería aparecer tranquila y serena ante los ojos de sus enemigos; pero cuando se vió en la plaza frente al patíbulo, toda su fuerza de voluntad se marchó y empezó a llorar amargamente. Todavía tenía confianza en Connors; pero los minutos pasaban y no llegaba el ansiado indulto.

Joan fué subida al patíbulo y allí, con el sacerdote al lado, esperó a que le ciñeran el

cueño con aquel dogal que tenía que terminar con su vida. Las mujeres lloraban y aun los hombres sentían un estremecimiento que no podían reprimir.

Nuevamente le fué leída a Joan la sentencia, como si con una vez no hubiera tenido el tiempo suficiente para saber la suerte que le esperaba. De pronto todos los concurrentes volvieron la cabeza. Allí a lo lejos se distinguía una carreta que más que correr volaba. En menos de diez segundos estuvo en la plaza y apeóse Connors, alargando la orden al capitán. Este casi no podía dar crédito a lo que veían sus ojos, y exclamó:

—¡El indulto! ¡Firmado por el gobernador!

—¡A fuera tengo preso al culpable de todo! —dijo Connors, y luego, dirigiéndose a Joan, que estaba temblando de emoción, le indicó:

—¡Qué afortunada es usted; apenas tuve tiempo de salvarla!

—¡El nunca falla! ¡Todo el que dependa de él es afortunado! —advirtió el capitán, en tono de broma.

—¡Jué alivio, Jeff!... ¿Te puedo llamar Jeff?—preguntó Joan, melosamente.

—¿Jeff eh?... ¡Ya es hora; me cargaba que me llamaran Dawson!

Aquella pareja, que en pocos días habían saboreado todas las amarguras, y emociones, se encontraban en aquellos momentos poseídos por el deseo de vivir y amarse. La luz del día les parecía más diáfana, todo les parecía nuevo, y era porque en sus corazones había estallado el amor; un amor fuerte y desinteresado, que les unía después de todos los sinsabores.

FIN

Coleccione cada semana

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

BIBLIOTECA FILMS

Y

SELECCION FILMS DE AMOR

éstas son las más antiguas y
selectas novelas cinematográficas

Ediciones Biblioteca Films

LAS MARAVILLAS DE LA TEMPORADA

GLORIA DE UN DIA	Katharine Hepburn.
LA NOVIA DE FRANKENSTEIN	Boris Karloff.
EL REY SOLDADO	Emil Jannings.
ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL	W. Baxter. - M. Loy.
OJOS NEGROS	S. Simon. - Harry Baur.
LA ALEGRE DIVORCIADA	G. Rogers. - F. Astaire.
UNA NOCHE DE AMOR	Grace Moore.
LA VIUDA ALEGRE	Maurice Chevalier.
EL CABALLERO DEL FOLIES BERGERE.	Jeannette Mc Donald.
EL IMPERIO DEL CRIMEN	Maurice Chevalier.
CORAZONES ROTOS	James Cagney.
LA TELA DE ARASA	Katharine Hepburn.
LA DIOSA DEL FUEGO	M. Loy. - W. Powell.
PASAPORTE A LA FAMA	Helen Cahagan.
EL LOBO HUMANO	Edward G. Robinson.
ROBERTA	Henry Hull. - W. Oland.
NOCHE NUPCIAL	G. Rogers-Irene Dunne.
LOS ULTIMOS DIAS DE POMPEYA	Gary Cooper.
HORROR EN EL CUARTO NEGRO	Preston Foster.
MAZURKA	Boris Karloff.
EL CARDENAL RICHELIEU	Pola Negri.
EL ESCANDALO DEL DIA	George Arliss.
LA FERIA DE LA VANIDAD	Clark Gable.
DEJADA EN PRENDA	Miriam Hopkins.
MARES DE CHINA	Shirley Temple.
SOMBRERO DE COPA	C. Gable-Jean Harlow.
QUIEREME SIEMPRE	F. Astaire-G. Rogers.
LAS CRUZADAS	G. Moore-L. Carrillo.
	L. Young-E. Wilcoxon.

Producciones nacionales y filmadas en español

PODEROSO CABALLERO... ..	Casimiro Ortas.
20.000 DUROS	Charito Leonis.
RUMBO AL CAIRO	Miguel Ligeró.
EL MALVADO CARABEL	A. Colome. - A. Vico.
EL OCTAVO MANDAMIENTO	Lina Yegros.
ALAS SOBRE EL CHACO	Ramón de Sentmenat.
EL GATO MONTES	L. Tovar. - A. Moreno.
EL DIA QUE ME QUIERAS	Pablo Hertogs.
UNA MUJER EN PELIGRO	Carlos Gardel.
INCERTIDUMBRE	Antoñita Colomé.
	Ramón de Setntmenat.

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.